



# Relación Autobiográfica

## De Sor Ursula Suárez

El texto siguiente corresponde a fragmentos del discurso pronunciado por el diplomático y miembro de la Academia Chilena de la Historia, José Miguel Barros, con ocasión de la presentación del libro "Sor Ursula Suárez. Relación Autobiográfica", editado por la misma Academia Chilena de la Historia en el cincuentenario de su creación.

POR decisión de nuestro presidente, don Fernando Campos Harriet, me veo dentro de un obligatorio "tiempo de hablar" y, en obediencia de ella, hago uso de la palabra para presentar la relación autobiográfica de sor Ursula Suárez, monja clarisa chilena que vivió entre los siglos XVII y el XVIII.

He optado, además, por este camino porque pienso que debemos estar alegres con la aparición de esta obra. En verdad, estamos en presencia de varios milagros; milagros como aquellos que deliciosamente descubrieron esas simpáticas señoritas que hermanaron su ingenuidad bajo el seudónimo de Violeta Quevedo: el milagro de una monja chilena que, allá por los inicios del siglo XVIII, se arremanga el hábito para llenar interminables cuartillas; el milagro de que se haya conservado su manuscrito, en un país en que el mayor rival de los ratones es el hombre; el milagro de que, en un medio como el nuestro, tan dado a los largos proyectos y a las cortas empresas, estudiosos como Armando de Ramón y Mario Ferreccio hayan dedicado años a este trabajo; y el milagro mayor: el de que hayamos finalmente logrado ponernos de acuerdo para producir este libro, pequeña joya artesanal dentro del quehacer cultural de Chile.

Debo agregar un milagro que acaba de producirse. Sucede que un escritor de vasta trayectoria, uno de los pocos

chilenos que han estudiado la vida de sor Ursula, ha recibido el Premio Nacional de Literatura. Me refiero a Braulio Arenas. Es una grata coincidencia que el mismo día en que presentamos la obra literaria de esa religiosa, este escritor vea reconocida la suya. No sé si algo habrá influido, en este reconocimiento, la ayuda espiritual de sor Ursula; pero creo que debemos agradecer a Horacio Aránguiz, colega de esta Academia y Ministro que presidió el jurado, por la ayuda que él haya dado para configurar la voluntad de los hombres.

Todo el trabajo que presentamos hoy estuvo presidido por esfuerzos personales. No puedo omitir, en la decisión de patrocinar esta obra, la intervención de nuestro fallecido presidente, Sergio Fernández Larrain, así como la participación de los académicos Walter Hanisch S.J., y Horario Aránguiz. Yo mismo, que ignoraba todos estos menesteres, me vi envuelto en ellos como consecuencia de otro golpe de autoridad, aseedado esta vez por don Guillermo Izquierdo Araya, presidente subrogante de la Academia.

En justicia, esa cuota debe ser mayor para los autores del prólogo y del "estudio preliminar" que preceden a la relación de sor Ursula.

En el prólogo está todo cuanto queramos saber sobre el manuscrito y sus alcances literarios: su laboriosa gestación, su actual paradero, las peculiaridades textológicas, gráficas y ortográficas de la autora, la validez de un lenguaje criollo de hace casi tres siglos que se perpetúa en el afanoso garbeteo de la clarisa chilena. Ese acopio de datos y reflexiones, de un nivel técnico que a menudo nos hace avergonzarnos de nuestra precariedad lingüística, es fruto de la infatigable y constante pluma de Mario Ferreccio. Piénsese que él, personalmente, condujo además esta edición por el duro itinerario que va desde el cotejo de copias hasta la purificación de las erratas.

En parte de eso anduvo también Armando de Ramón. Pero esta edición no sólo pone de relieve ese aspecto de su paciente labor de artesano. Asimismo, nos regala el importante "estudio preliminar" en cual incursiona, como en barrio propio, en los vericuetos de la vida y la época de sor Ursula. Nada ha escapado a su erudición y paciencia. Allí está, bien trazado, el magro entorno físico de la capital del Reyno, la compleja y entrecruzada trama de las familias, la bondadosa figura del padre de nuestra monja, la imagen de la madre a la cual, aparentemente no sin razón, apodaban "la gata". También nos proporciona elementos costumbristas: los afanes del convento, la promiscuidad de ciertos barrios santiaguinos, la sugerente presencia de los "endevidados", esos galanes sin límites de edad que visitaban a las clarisas, dejándonos — los suspicaces varones de este siglo — en las mayores dudas acerca de la pureza de sus intenciones. Prefiero detenerme. No es mi ánimo privarlos del goce descubridor de adentrarse en ese estudio, con el cual Armando de Ramón añade un nuevo timbre a su blasón académico.

Como podrán ver quienes se detengan en el prólogo, el manuscrito fue creándose y recreándose a través de muchas décadas, por exigencias de sucesivos confesores de sor Ursula. Desde el título ya encierra una enseñanza y una aspiración: el Señor previene a la religiosa que sólo debe amarle a Él, apartándose de otras criaturas. Estamos, por ello, ante una relación amorosa, continua y sostenida. Relación de corte místico como la de Santa Teresa de Jesús, amor con distintas formas de entrega; pero no menos amor. Son las exaltaciones de este sentimiento las que llevan a la monja a rendirse a lo que Ferreccio llama "el más amoroso deliquio": aquel incansante garbeteo de páginas y páginas a fin de contar recuerdos de infancia, temores de adolescencia, inquietudes de adulez y desesperanzados achaques de senectud. En el fondo, es un ejercicio de introspección en busca del ser que está detrás de las visiones que asaltan a la monja y de aquella "habla" que la arrastra a peligrosos debates teológicos.

Son pliegos y pliegos en los cuales sor Ursula hunde las raíces de un árbol de piedad que aspira a tocar el cielo, pero en cuyas ramas vienen a posar, a veces, torvos pájaros terrenales. La autora fue hija de don Francisco Suárez, un sensible caballero chileno que concluyó sumergido en la noche de la demencia, y de doña María de Escobar Lillo, mujer de carácter fuerte e hiperdramático. Ursula nació hacia fines de 1666 y falleció en el convento ochenta y tres años más tarde. Desde su niñez quiso ser monja y para conseguirlo debió librar duras batallas contra su madre.

Los diálogos entre una y otra, contrapunto de aspiraciones vocacionales y ambiciones mundanas, forman una parte saliente del manuscrito. Nos parece oír en él, físicamente, las quejas de la madre por la hija que ve perderse para el mundo: "Que es tan chiquita la hija de mis entrañas, que es pedazo de mi alma y retazo de mi corazón. Válgame Dios, que ya la contemplo hecha un perrito en el convento". Hay notas de pesares andaluces en el gemir maternal de esta criolla que a veces llora y otras insulta o castiga.

Con todo, doña María, que aspiraba a entregar a su hija al matrimonio, no consigue apartarla de la ruta conventual que ha elegido la niña desde los balbuceos de su infancia. A la postre, debe inclinarse y aceptar que entre a los claustros. Déjenme narrarles la escena en que culmina este proceso. La chica, que no llega a los doce años de edad, marcha rumbo a su futura residencia, en la misma calle Monjitas. A

la distancia, todavía oye los tristes gritos de la gente de su casa, que la llora como si hubiera muerto. De pronto, en medio de la calle, Ursula oye "el habla", aquella voz sin dueño físico que la ha de acompañar por el resto de sus días planteándole el interrogante de si tras ella está Dios o el demonio. La muchacha, espantada y con los ojos cuajados de lágrimas, busca a quien le converse y no lo encuentra. Al ver su expresión, la madre recupera la esperanza de que su hija se haya arrepentido; pero no hay tal. Allí va nuevamente el cortejo, envuelto en los dolientes sollozos de doña María.

Y, en la noche primera de su reclusión, en el dormitorio del convento, Ursula ve el mismo cuarto con el cual había soñado de chica: un techo ennegrecido por el humo, con un hoyo en el entablado; ese mismísimo agujero por el que, en sus sueños, había visto que la llevaban al cielo atada con una soga.

Para monseñor José Ignacio Víctor Eyzaguirre, que fue el primero en interesarse en este manuscrito, aquella "habla" que oía sor Ursula "no era otra cosa que su conciencia, su reflexión, y varias veces un fantasma, hijo de una imaginación extraviada por la dureza del ascetismo". Para don José Toribio Medina, "aparte de los sucesos de su primera juventud y de sus travesuras de niña, el manuscrito de sor Ursula no contiene más que la historia de sus propias imaginaciones". Medina agrega que "la natural monotonía que pesa sobre todas esas relaciones del interior de los claustros es apenas turbada aquí por algunos cuadros pintados con animación, o por las mezquinas intrigas de faldas en algún acalorado capítulo".

Quienes lean hoy la relación de sor Ursula verán que esos inteligentes y eruditos historiadores no llegaron a intuir el valor que ella tendría en nuestra época. El transcurso del tiempo ha creado otros prismas para evaluarla como documento histórico, literario y costumbrista.

La "relación" contiene, en verdad, la imagen vivida de una mujer chilena, la primera escritora de nuestra nacionalidad, que pasó más de setenta años en los claustros de un convento santiaguino. Allí atravesó por todas las pruebas. Tuvo el honor de empuñar el báculo de abadesa; pero sufrió desazones y castigos. A medida que pasaba el tiempo, su espíritu fue crecientemente invadido por éxtasis y visiones místicas. Cuando falleció, a comienzos de octubre de 1749, se vieron "algunas cosas muy particulares" como reza una anotación que todavía se conserva en el convento. Lamentablemente, el apunte que de ellas se hizo entonces ha desaparecido.

Sólo nos queda pues la "relación". Es un recuento de esa vida personal; pero también es algo más: es la vida de Santiago, en la bisagra de los siglos XVII y XVIII, con sus casas de sobria dignidad, con indias, mulatos y esclavos; con demonios, fantasmas y espíritus familiares...

Pero no debo olvidar que estamos en el Santiago del siglo XX. Debo concluir.

*Sor Ursula Suárez*  
prologa  
Fu